



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
AÑO III. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 4.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	$\frac{1}{2}$ peso.	$1\frac{1}{2}$ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DÍAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administración: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 10 de Febrero de 1880.

REBAJA DE PRECIOS DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administración, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripción por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

HISTORIA DE LA CAZA (1).

VI.

LA CAZA ENTRE LOS CELTAS.

En el libro II, capítulo XII de su famosa *Historia de los*

(1) Véase el número anterior.

Celtas, ha escrito Simon Pellontier una erudita disertación sobre la caza en la época de los celtas ó de los galos, puesto que ambas denominaciones son sinónimas, disertación apoyada en lo que relativamente al asunto dijeron los autores griegos y latinos.

De la obra referida están sacadas las notas de Lalle-

mand, que nosotros vamos á reproducir abreviándolas en lo posible.

La gloria de los hombres en los siglos de la barbarie consistía principalmente en distinguirse en los ejercicios corporales, cuyo primer rango ocupaban la guerra y la caza. Nuestros antepasados, como verdaderos habitantes



CAZA DE ORTEGAS EN RUSIA.

que eran de los bosques, empleaban toda la vida en perseguir á las bestias feroces, en comer, en dormir y en defenderse de las agresiones de sus vecinos. *Quoties bella non ineunt, multum venatibus plus per otium transigunt, de-diti que somno ciboque*, como dice gráficamente Tácito.

La caza, como fiel imágen y aprendizaje de la guerra, era en tiempos de paz el ejercicio favorito de los pueblos.

Los galos se ensayaban en combatir con los animales, para hacerlo, llegada la ocasion, contra los hombres; así es que las hazañas venatorias se convertían siempre, ó significaban, por mejor decir, el preludio de grandes y bélicas empresas. Su mayor placer se cifraba en peligrosas cacerías, como la del bisonte y la del toro salvaje. Para coger al primero abrian una zanja en el fondo de un valle, en cuya pendiente, y hasta la orilla del pequeño foso, extendían de trecho en trecho pieles de buey frescas y bien mojadas. Una vez el lazo dispuesto de tal suerte, los cazadores, á caballo, perseguían al bisonte, que no pudiendo fijar ni contener el paso sobre aquellas pieles tirantes y extendidas, resbalaba en su precipitada carrera, yendo á caer dentro de la zanja. Dejaban allí al cautivo durante algunos días hasta que se viese atormentado por el hambre, que al fin lograba domeñar su natural fiereza. Presentábanle entónces la cuerda que debía asociarlo para siempre á los trabajos de su vencedor, se domesticaba el animal, le uncian á un carro, y pronto no conocía otro placer que halagar la mano que le había cargado de cadenas.

El toro salvaje era cogido por medio del mismo procedimiento. «Como estos animales, dice César en el libro vi de sus *Comentarios*, tienen una fuerza y una agilidad sorprendentes; como no perdonan ni respetan á los hombres y á las bestias que se ponen delante de ellos, en su persecucion y cacería es donde mejor se forma y se adiestra la juventud gala. Los jóvenes que mataban más toros, presentando los cuernos como prueba de su victoria, recibían grandes y calorosos elogios.»

Los cuernos de las reses muertas se exponían en los sitios públicos, se los guardaba cuidadosamente, guarneciéndolos de oro ó de plata; servían de copas de honor para beber el vino mejor en los opulentos festines, y mientras más grandes eran, más alto hablaban en loor de la destreza y del arrojo del cazador que había dado muerte á un animal provisto de armas tan formidables para su defensa.

Allá en tiempos remotos había en las Galias un número prodigioso de venados, de jabalíes, de corzos, de machos cabríos, de patos, etc., etc. Algunos escritores han conjeturado, pero sin pruebas suficientes en apoyo de su dicho, que había también tigres y leones; pero lo que sí existía eran piaras considerables de caballos y burros salvajes, y otros animales por el estilo, todos, por supuesto, en el estado agreste. Tratándose de un pueblo cuya única y suprema necesidad consistía en procurarse recreos y placeres, era natural que buscara los medios más cortos y seguros para lograr su objeto. Aunque los galos, como vemos en Arriano, cazaban liebres de un modo muy semejante al que se usa en nuestros días, no perseguían, sin embargo, á los venados con esa nobleza é hidalguía que de muchos siglos á esta parte constituye el más poderoso atractivo de tal montería. Los lazos seductores del amor eran los que estaban en uso para triunfar de tan hermoso como sensible cuadrúpedo. Parece que había ciervos adiestrados expresamente para servir de reclamo á los venados montaraces, lo mismo que los renos de que se sirven los lapones, hecho que se comprueba con el texto del tit. xxxv de la ley sálica, por la que se imponían fuertes multas á los que robasen ó matasen venados amaestrados para la caza.

Los autores antiguos colocan generalmente la flecha en la clase de armas de que los celtas se valían para la caza. Strabon dice que en algunas comarcas se usaban la flecha y la honda; pero añade en el mismo paraje que los galos tiraban á los pájaros con una especie de arma arrojadiza, que se lanzaba con la mano. Es evidente, pues, que la flecha de que se servían los cazadores de entónces debía ser un dardo ó un venablo, parecido, según el mismo autor asegura, al *rackum* de los hotentotes, palo de una pulgada de diámetro por doce ó quince de longitud, y uno de cuyos extremos era muy puntiagudo.

Los cazadores de aquella época lejana se armaban también de una especie de chuzo que los galos llamaban *spar* y los latinos *sparus*, y del que se servían para atacar á los aurochs, á los alces y otros indómitos animales.

El uso de los arcos y ballestas es muy antiguo, y no cesó hasta que se conocieron los efectos y la utilidad de las armas de fuego, introducidas en el reinado de Francisco I bajo los nombres de arcabuz y de escopeta, que son los que les dió dicho monarca en sus ordenanzas de caza, promulgadas en el mes de Marzo de 1515. El arco fué poco á poco cayendo en desuso, y sólo quedó la ballesta, que disparaba balas de plomo con mucha rectitud, rapidez y gran alcance, en union del arcabuz y de la escopeta, especie de carabina cuyo cañon tenía tres piés y medio de largo.

Pero prevaleció el empleo exclusivo de las armas de fuego para la caza, adoptando en vez del arcabuz la escopeta, más cómoda y más ligera que aquél, en particular la de dos cañones, que hizo su aparición en 1750.

A semejanza de los salvajes de América y África, acostumbraban los galos á envenenar los dardos que llevaban á las cacerías, bañándolos en el jugo de una planta que Plinio llama *limeum*, que nace en los Pirineos y en las montañas de Suiza. Los dardos emponzoñados producían á los animales una muerte casi instantánea, por insignificante que fuera la herida, terrible efecto que Ovidio describe magistralmente en estos versos:

*Aspicis et mitti sub aduncto toxica ferro
Et telum causas mortis habere duas.*

La carne de la res muerta de este modo, no sólo se podía comer, sino que era más tierna y sabrosa, cuidando únicamente los cazadores de cortar y echar á un lado el sitio tocado por la flecha.

Dicho veneno era también funesto para los hombres, por lo cual prohibieron las leyes de los francos y de los bávaros que se usase hasta para combatir á los propios enemigos. La bárbara costumbre de las flechas envenenadas no se arraigó más que entre los scitas orientales residentes en Europa.

Los galos poseían excelentes perros de caza, descritos admirablemente por Xenofonte, y sabido es que los preceptos de Arriano sobre la caza con galgos proceden de la enseñanza que adquirió en las Galias, donde existía una magnífica casta de perros llamados *segussii*, parecidos á los busquillos de nuestros días, nombre derivado quizás de *suchen*, palabra alemana que significa *buscar*, porque dichos perros entraban en todos los sitios, por inaccesibles que fuesen, tras los zorros y los tejones.

Además de dicha casta se procuraban los galos otra de perros de la Gran Bretaña, que les servía para la caza y para la guerra. Estos animales, según escribe Strabon, eran tan listos, tan fuertes y tan animosos, que atacaban á los tigres y á los leones, y los cimbras, los peonios y otros pueblos del Asia Menor formaban con ellos escuadrones que, colocados á vanguardia, iniciaban á veces los combates, rematándolos otras muchas con el más victorioso de los triunfos.

Dicho se está que eran crecidísimas las multas y graves las penas que se imponían á los que robaban un perro de caza, pudiendo el ladrón redimirse del pago de la multa si sufría en cambio un castigo público tan vergonzoso como risible, y que consistía en sacar con los dientes un higo metido en el orificio de la parte trasera de un asno.

Todo parecía poco para afrentar y escarmentar al autor de tan terrible atentado.

Lo mismo que con los perros sucedía con los caballos de caza, animales pequeños y muy flacos, pero de una gran resistencia, y de los que se valían los galos para sus excursiones, porque nunca cazaban á pie, y si jinetes en sus escuálidas cabalgaduras.

C. T.

CAZA DE ORTEGAS EN RUSIA.

(Véase la lámina de la página 25.)

Imposible es negar que palpita de actualidad la preciosa lámina que sirve de ilustración al presente artículo. Además, hay pocos accidentes en la naturaleza que se presten tanto como la nieve á dar mérito y realce artís-

tico á los paisajes, porque puede reproducirse con notable exactitud, no sucediendo lo mismo con un rayo luminoso de sol, con un celaje caprichoso de Poniente, con el murmullo de la brisa, con el resplandor amarillento de la luna, ó con el matiz fresco y purísimo de las flores primaverales. Elegida la nieve como accesorio del cuadro, el efecto es siempre infalible, y mucho más todavía si un episodio de caza es el asunto principal que le sirve de fundamento.

Nos hallamos en Rusia, como lo dice el epígrafe de estas líneas; el país de los trineos, de las pieles, del kummel y de la autocracia elevada á la quinta potencia; el termómetro marca de 15 á 20 grados bajo cero, pero esa espantosa temperatura no es allí obstáculo para que los cazadores tomen sus escopetas y salgan al campo, acostumbrados, como lo están desde la cuna, á ponerse en contacto con un aire que sobre nuestros rostros produciría el efecto de hacer salir la sangre por los poros como si le picasen millones de puntas de alfileres.

Una de las aves que más abundan en las enormes llanuras ó estepas de Rusia, y aún de la Siberia asiática y europea, son las exquisitas ortegas, el *tetrax bonasa* de Lath, ese pájaro tan semejante á la gallina rústica de que habla Varron, y cuyas bandadas anuncian, por lo común, la inmediatez de manantiales más ó menos abundantes, pero siempre bien provistos de agua.

El que se figure, dice Belou, una especie de perdiz mestiza entre la encarnada y la gris, con un no sé qué de las plumas del faisán, concebirá idea exacta de la ortega de los bosques.

El tamaño de estas aves es el de las bartavelas; tienen las alas muy cortas; vuelan, por consiguiente, con mucha pesadez, de modo que sólo con gran esfuerzo y ruido se logra hacerlas levantar; pero en desquite corren con una velocidad extraordinaria. La carne de las ortegas es succulenta y exquisita, de donde procede, según dicen, el nombre latino de *bonassa* y el húngaro de *Tsebsarmandar*, que significa *ave de César*, como si un buen bocado debiera reservarse exclusivamente para el Emperador. Gessner hace notar que es el único manjar que permitían presentar por segunda vez en la mesa de los príncipes.

En Bohemia se comen muchas durante las Pascuas, como sucede entre nosotros con los pavos, y se regalan recíprocamente.

Tienen las ortegas muchos puntos de semejanza con los urogallos, pareciéndose á éstos especialmente en que no sobreviven por mucho tiempo á la pérdida de su libertad, ya sea que se las encierre en parajes demasiado estrechos ó poco convenientes, ya que su natural silvestre, ó más bien generoso, sea refractario á toda especie de prision.

La caza más fructuosa de ortegas es la que se hace á fines del otoño. Los pajareros y aún los cazadores las atraen con reclamos que imitan su grito, procurando llevar consigo algún caballo, porque las ortegas tienen mucho afecto á esta clase de animales.

Si se coge primero al macho, la hembra, que lo busca constantemente, vuelve infinitas veces trayendo otros machos en su compañía, al paso que si la hembra cae primero en el lazo, el macho se une de seguida á otra hembra y no vuelve á presentarse. Si se sorprende á una de estas aves y se la hace levantar, la lleva su instinto á echarse á un árbol muy poblado, donde permanece inmóvil con una paciencia singular durante todo el tiempo que el cazador la está acechando.

Cuando hay ortegas en una parte de bosque donde sea fácil tirarlas al volateo, que es el mejor sistema, además del de sorprenderlas posadas en las ramas, deben los cazadores situarse á cien pasos de distancia unos de otros y avanzar con perros que paren bien, cazándolas en mano. Este medio es más divertido y más humanitario que el del reclamo, y de uno y otro participa en cierto modo el que practican los cazadores rusos, como palpablemente lo demuestra nuestra lámina.

Intrepidez, y no poca, se necesita en verdad para pasar horas enteras arrimados junto al tronco de los árboles en que se ponen al aguardo, ocultos bajo los chozones de que lo rodean y que la nieve no tarda en disimular con perfección á los ojos de las piezas de caza. Á veces tras-curre mucho tiempo antes de que una ortega ó un uro-

gallo se coloque á tiro del *moujik*, que tiritaba de frío bajo la helada techumbre de su rústico escondite.

Para un acecho semejante se necesita toda la enérgica resistencia de que son susceptibles los hombres del Norte. Si se tratase de los que pertenecemos á las comarcas meridionales de Europa, ya podría volar á nuestro lado sin temor toda la ciza pasada, presente y futura de la creación; nuestros dedos, transidos y agarrotados por la cruel temperatura, no podrían hacer fuerza sobre el disparador, y sólo sacaríamos de la cacería algún dedo de ménos, alguna pulmonía de más, ó la nariz helada como el promontorio de un sorbete.

Demos gracias á Dios por habernos hecho cazadores en un país donde ni en el mes de Enero deja el sol de incitarnos con sus hermosas caricias á saborear los supremos placeres de nuestro recreo favorito.

F. C.

EL GORILLA.

(Véase la lámina de la página 29.)

Cien años largos hace que Linneo, el padre de la moderna Historia Natural, declaró que había muy estrecho y sistemático parentesco entre el hombre y los grandes monos, que se le asemejan; y añadió, no contento con esto, que no encontraba entre ellos esencial diferencia. Todos aceptaron su idea y la aplaudieron, porque todos veían que, en realidad, hay semejanza entre ambas especies.

Como cien años después, sostuvo Darwin la tesis general de que «el parentesco sistemático implica consanguinidad verdadera ó descendencia de un tronco común», y se recordó de improviso el censurable parentesco sistemático señalado por Linneo entre los monos y los hombres; y desde entonces se considera á Darwin, por los creyentes y por los caracteres sensibles, como un sabio depravado, reo contra la humanidad del crimen *lesae majestatis*. Los naturalistas, que desde lo antiguo acatan el axioma de que *naturalia non sunt turpia*, se hallan, respecto al público, en una situación penosa: el exámen conienzudo de las razones que indujeron á Darwin y á sus discípulos á afirmar la identidad del parentesco sistemático con la consanguinidad, exige la incondicional aceptación de la doctrina de Darwin; y si se confiesa, el que lo hace es en seguida confundido con comunistas, ateos, etc., por una parte de la humanidad, apasionada de sus privilegios; de suerte que no queda otro consuelo á los condenados sino el conocimiento de que hoy no serán quemados vivos. No habiendo, pues, defensa posible, no hay otro remedio que dejar pasar tranquilo la borrasca, y mirar con alguna envidia á la generación naturalista que nos sucede, la cual se regocijará de seguro poseyendo sin disturbios los progresos darwinianos, mientras la humanidad se acostumbra á la idea de descender de los más distinguidos irracionales.

Delúcese de lo expuesto, que el interés con que mirábamos á esos grandes monos se ha aumentado sobremanera por las causas indicadas, y lo prueba también la circunstancia externa del afán extraordinario que en las colecciones zoológicas se observa por la adquisición de estos animales vivos, y por someterlos á la contemplación y exámen de los europeos. Téngase en cuenta, sin embargo, que la tesis de Darwin de la existencia de la consanguinidad entre estos monos y los hombres, que á los ojos de nuestra civilización se presenta como una novedad peligrosa, es aceptada desde muy remotas edades, y en general en las mismas regiones en donde esos monos habitan. No hay más diferencia sino que estos pueblos la vuelven por pasiva, creyendo que el mono descende del hombre, y no al revés, como afirma el sabio naturalista. Los monos, según ellos, son hombres transformados en irracionales por la justicia divina. Los árabes piensan especialmente así. El gorilla y el chimpanzé, ateniéndonos á la opinión común de los naturales del África occidental, han sido hombres como ellos, á quienes su inmundicia ha expulsado de la sociedad de sus semejantes, y que, á causa de su obstinación en el pecado, han descendido á su situación actual. Los compatriotas del orang le llaman «el hombre de los bosques», y explican sencillamente su

mutismo diciendo que no habla porque no quiere, por miedo de que lo obliguen á trabajar.

Igual es la opinión de otros extranjeros imparciales. El cartaginés Hannon, el primero que ha conocido al gorilla, le llama desde luego *hombre salvaje*. Literalmente se expresa así:

«Al tercer día, cuando nos hicimos desde allí á la vela y atravesamos los torrentes de fuego, llegamos á un golfo llamado «el Cuerno del Sud». A lo lejos se veía un desierto con un mar, y en éste, una isla habitada por salvajes. La mayoría de ellos eran mujeres con cuerpos velludos, y los intérpretes los llamaron gorillas; no pudimos apoderarnos de ningún hombre, á pesar de haberlos perseguido; se escapaban fácilmente, trepando por parajes inaccesibles y defendiéndose con peñascos. Atrapamos tres mujeres, aunque no logramos conservarlas, porque mordían y arañaban. Por esta razón nos vimos obligados á matarlas; nos alejamos, pues, de allí, y enviamos sus pieles á Cartago.»

El gorilla, por tanto, según se desprende evidentemente del pasaje citado, es, entre los grandes monos, el que más títulos reúne para reclamar su parentesco con nosotros, al paso que el orang, en su especie, es el más desemejante. La diferencia capital que se nota entre estas dos criaturas de Dios (los árabes distinguen estos monos apellidándolos hijos, nietos, biznietos y descendientes de Sathanas, el demonio) consiste en la relación que guardan entre sí los brazos y las piernas. Si elegimos como término de comparación que concilie ambos extremos al animal que anda sobre sus cuatro pies, echamos de ver que en éste se desarrollan igualmente los brazos y las piernas (hablando con propiedad, debemos decir que las piernas son por lo general más largas y más fuertes). En los grandes monos, comparados con los demás cuadrúpedos, se observa, al contrario, un desenvolvimiento extraordinario de los brazos á costa de las piernas, particularidad que distingue al orang en primer término, puesto que este animal derecho alcanza á sus tobillos con la punta de los dedos. En el hombre, al revés, la pierna se desarrolla mucho más que el brazo, sin que éste aparezca como embrionario, á la manera de los pies del orang, pero sin ser superado por el otro miembro. Si en sentido inverso aplicamos al gorilla esta medida, esto es, si ponemos los brazos en lugar de las piernas, y viceversa, nos choca su singular semejanza con la forma humana, puesto que la longitud de sus brazos es casi tan proporcionada á la de sus piernas como la del hombre, y al contrario. Los pies del gorilla son, sin embargo, de una extensión aproximada á la de los brazos humanos.

Este contraste aparece no sólo en la conformación de los brazos y las piernas, sino en la del pecho y el abdomen. El tórax monstruoso del gorilla corresponde al vigor de su brazo, y la flaqueza de su abdomen, á la debilidad de sus piernas. Para que su forma se acerque á la nuestra, hemos de compensar, pues, lo que le sobra en una parte con lo que le falta en la otra.

Ambas diferencias, por consiguiente, son los motivos que nos inducen á mirar á las especies de grandes monos como á degeneraciones monstruosas de la nuestra. Desagradarnos los hombres de largos brazos y de piernas cortas, porque nuestro tipo de belleza ideal tiene opuesto carácter. Párecenos hermosa una figura humana alta, de piernas largas, vasto abdomen, vigorosas nalgas, hombros esbeltos y bellos brazos, y tal es la de la mujer, formando por lo mismo chocante contraste con la del gorilla, mientras que el hombre, con sus piernas más cortas, pecho más ancho, brazos más robustos y seno ménos desarrollado, se aproxima más á aquélla. Tal es la desdicha del mono, porque al contemplar otro cuadrúpedo cualquiera, á un elefante, á un perro, ó un gato, no los comparamos con nosotros, sino que cada uno de ellos, en su especie, constituye su propio tipo de belleza ideal. El mono, al contrario, nos induce en seguida á compararlo con nosotros, con nuestro tipo bello ideal, y de aquí la natural consecuencia de que nos parezca odioso, ridículo y hasta una caricatura verdadera. Esta impresión que sentimos es tan avasalladora, que arrastra aún al más imparcial naturalista, y con especialidad al que no es capaz de encontrar al sapo lindo, admirable á la araña, apetitosa á una oruga, ó digestivos los pulgones. Así se comprende que un orang

viejo, á mis ojos por lo ménos, sea un objeto excesivamente horrible.

El contraste continúa si examinamos la cabeza del hombre. Éste es bello para nosotros si su frente es ancha y despejada, esto es, si la parte superior de su cráneo tiene notable desarrollo, si es aguileña su nariz y cerradas sus ventanillas, y si su quijada superior é inferior se mantienen en ciertos límites prudentes. Aborrecemos, al revés, una frente estrecha y fugitiva, un cráneo miserable, dientes pronunciados y narices que apenas ó nada sobresalgan: calificamos esta fisonomía de vulgar, sensual, baja y salvaje; y como la del mono pertenece á esta clase, justo es que ampliemos lo expuesto sobre la mayor fealdad de ciertas cabezas humanas. Un gran mono recién nacido es en su conjunto mucho más parecido á nosotros, horriblemente parecido, porque el cráneo y el rostro se asemejan á los de un hombre adulto, y nos sorprende sobremanera, no pudiendo mirarlo sin horror, por su semejanza con un viejo. El gran mono recién nacido se diferencia de un anciano en su fisonomía lo que un niño de un adulto, y cuando comparamos al primero con sus padres, como lo hacemos con un perrillo respecto á su madre, conocemos la diferencia que imprime su edad diversa. El monillo, por la misma causa, nos recuerda al hombre, inclinándonos de una manera irresistible á pensar en una abuela vieja, arrugada y sin dientes.

Examinémos ahora los pies y las manos. Estas en el gorilla son muy semejantes á las nuestras, excepto en su vello y monstruosas dimensiones, y principalmente en el corto tamaño del dedo pulgar y en la membrana palmípeda que une los dedos del centro. Los pies son muy diversos de los humanos, sobre todo en su posición y en la relación de sus partes, no obstante la identidad anatómica que entre unos y otros se observa. Lo más singular es que el dedo grueso se separa de los demás como el pulgar de la mano, y puede ejecutar los movimientos de aquél, y de aquí el epíteto de cuadrumanos, que se aplica á los monos há largo tiempo. Sin embargo, es falso entender esto de modo que imaginemos que los pies del gorilla constituyen unas manos verdaderas, con los mismos huesos y músculos que las unidas á los brazos. El pie humano, no sólo en su conformación interna sino en su semejanza exterior con el del mono, nos manifiesta que el dedo grueso, así en los niños recién nacidos como en los adultos que no han sufrido la influencia del calzado, no está tan adherido á los demás dedos como éstos entre sí, y que entre uno y otros hay el espacio de un dedo, que no se encuentra en ningún otro animal. No es de extrañar, pues, que afirmemos que ningún otro irracional tiene los pies tan parecidos á los del hombre como el mono, y en particular el gorilla, puesto que los dedos de aquél, proporcionalmente, no son mucho más largos que los del mono.

Analizando al gorilla, echamos de ver que de todos los animales es el más semejante al hombre en las diversas partes de su cuerpo. El número de las internas, hasta en las costillas, es el mismo que en el hombre, y en su aspecto exterior acusa igual semejanza en lo siguiente:

En su cabeza, la dirección general del rostro, distinta de los cuadrúpedos, forma con el eje longitudinal del cuerpo un ángulo casi recto. Así se nota en la posición y forma de las orejas, en la de los ojos, y especialmente en el juego de todas sus facciones; cada gesto que hace uno de estos monos es una caricatura humana; pero por lo mismo que su rostro es susceptible de tan varias contracciones, forma notable contraste con los de los demás animales y hasta con los de los monos inferiores. Entre los cuadrúpedos más conocidos, el perro, por ejemplo, nos ofrece un juego de fisonomía proporcionalmente desarrollado; pero ¿cómo compararlo con el del mono! La verdad es que, sea cualquiera nuestra opinión, los rostros del caballo, buey, ciervo, corzo, zorra, lobo, gato, marta, etc., parecen de estatuas con relación á los de los monos.

En el tronco (y en esto consiste la superioridad del gorilla) encontramos, como en el hombre, anchura y desarrollo del pecho, y espaldas salientes y en forma de bóveda. Si ponemos de pie un perro nos muestra un pecho mucho más profundo desde el frente hacia tras que de derecha á izquierda, caracterizado en el centro por su figura convexa, y superando en un doble la anchura de

las espaldas á la del cuello, al paso que esta relacion en el gorilla y el hombre es cuadruplicada ó quintuplicada. De aquí la postura humana de los brazos, separados uno de otro considerablemente; la posicion recta del tronco los coloca de un modo análogo á la del hombre, paralela al eje longitudinal del cuerpo, y no forman con él un ángulo recto.

También se conoce há largo tiempo, y ha llamado siempre la atencion, el uso que los grandes monos hacen de sus miembros anteriores, en cuanto se refiere á su manejo y movimientos. No les sirven sólo de medios de prehension, como sucede á otros animales destinados á vivir en los árboles, sino que los utilizan para otros fines diversos. Los grandes monos de que hablamos pueden emplearlos con pleno conocimiento en trabajos mecánicos. Limítanse, sin duda, en libertad á coger los objetos y á lanzarlos de sí; pero en cautiverio aprenden con facilidad á servir á la mesa como el hombre, y á otros quehaceres domésticos.

La capacidad de su inteligencia no excita ménos la sorpresa de quien los contempla con cuidado. El elefante, el caballo y el perro son animales de admirable facilidad para aprender lo que se les enseña; pero la de los grandes monos, especialmente del chimpanzé, en cuanto se refiere á los usos domésticos, excede en mucho á esos animales más inteligentes, no obstante las dificultades que opone su carácter inquieto. Cosas más singulares veríamos, de seguro, si pudiéramos hacer con estos monos, en lo relativo á su educacion y enseñanza, lo que hacemos con los perros desde siglos. No olvidemos que jamas se ha logrado conservar vivo á uno de estos monos durante la época de su desarrollo. Llegan por lo comun pequeños á manos del hombre, y mueren á los pocos meses, mucho tiempo ántes de alcanzar su desenvolvimiento; más allá de la renovacion de los dientes no se ha guardado nunca en cautiverio á ninguno de estos monos. Sólo los conocemos, pues, hasta el principio de la edad en que nuestros niños van á las escuelas, puesto que el hombre muda los dientes á los seis ó siete años. Grandpret vió en un buque á uno de estos monos niños, al cual se habia enseñado á encender el horno, á mantener el fuego y á avisar al panadero cuando estaba preparado; y todos los trabajos de un marinero, como llevar el áncora, cargar y sujetar las velas, etc., los hacía también á la perfeccion. Yo he visto en una exposicion de fieras á un orang de cuatro años, á un animal cuyo desarrollo correspondia al de un niño de unos cinco, hacer lo siguiente:

Su dueño le decia: «Miss Bessy, tome V. el té», y el mono sacaba entónces á la escena una mesita, abría el cajon que guardaba el mantel, lo extendía sobre la mesa, acercaba una silla, abría la puerta y salía, volviendo con un servicio completo de té, compuesto de tetera, azucarero, jarro para la leche, y la taza; lo colocaba todo en la mesa, se sentaba en la silla, vertía el té en la taza por medio de un filtro, echaba la leche, añadía el azúcar, la meneaba con una cuchara, bebía el té, ponía la taza en la bandeja, reunía despues en la misma todas las piezas del servicio, se lo llevaba, volvía, doblaba el mantel, lo encerraba en el cajon, arribaba la mesa á la pared y ponía debajo la silla, y miéntras tanto no se oía la voz de su dueño. Cuando le decia: «Miss Bessy, andad á acostaros», hacía primero su cama perfectamente, sacaba el orinal de la mesa de noche y lo usaba, subía á la cama y se cubría hasta la cabeza. ¿A dónde hubiera llegado este animal si fuera posible cuidarlo y educarlo hasta los diez y seis años de su vida (período de su juventud, segun se cree), y, al contrario, qué sería del hombre si desde sus primeros años creciera abandonado á sí mismo por completo entre bestias mudas y salvajes? (1).

El gorilla, para la Historia Natural, se descubrió por vez primera en el año de 1846 por un misionero americano

(1) Sean cuales fueren las opiniones del autor, siempre respetables para nosotros por su autoridad y por su ciencia, queda en pié la cuestion de averiguar por qué el hombre habla y el mono no, y cómo se explica la perfectibilidad humana y el estacionarismo del mono. El autor da á entender que si este último recibiera educacion haria progresos maravillosos; pero entónces, ¿en qué consiste que el hombre haya sabido educarse á sí mismo desde un principio y el mono no? Sólo, pues, estas diferencias que indicamos, y la de que el hombre es cosmopolita y el mono no, constituyen entre ambos un abismo.—(Nota del Traductor.)

llamado Wilson, y á principios de 1850 llegaron á Europa pieles, esqueletos y hasta un ejemplar entero en espíritu de vino. Más tarde un viajero frances, Du-Chaillu, excitó la más viva curiosidad describiendo sus aventuras con los gorillas, exageraciones y fanfarronadas, que fueron descubiertas por un inglés. La verdad, segun se desprende de las escasas observaciones del animal vivo hechas hasta ahora, es que el gorilla dista mucho de ser el temible monstruo de Du-Chaillu, que arranca árboles del grueso del muslo y dobla fusiles en la rodilla, sino que, semejante á los demas grandes monos, es un animal tímido, que habita en las selvas, que se defiende con la energía peculiar de su grandeza, fuerza é índole salvaje, y que en lo demas vive como los individuos conocidos de su especie, especialmente como el chimpanzé, y sin otra diferencia que es exclusivo habitante de los bosques. Su patria es el África occidental, hallándosele con más frecuencia en el territorio regado por el Gabon y el Fernando-Vaz, y sin acercarse tanto á las costas como el chimpanzé. Mora en los bosques más espesos, y anda más por tierra á cuatro piés que sobre los árboles; come *pisang* y cañas de azúcar, y duerme en los árboles más altos. Se encuentran más comunmente en parejas ó en familia que en tropas, y el esposo construye para su esposa preñada un lecho de ramas, que se eleva sobre el suelo desde cinco á ocho metros, lo cual no significa que se fije en lo más mínimo el marido, siempre vagabundo. En la época del celo combaten los machos con furor, y lo más probable y frecuente es que muera siempre el más débil. Los naturales, para expresar sus relaciones con el hombre, dicen: «Dejadle solo y él os dejará también solo.» No ataca al hombre sino al verse atacado, y al parecer se contenta con morderlo de una manera no despreciable. Winwood Read asegura que no vacila un instante en creer que un gorilla puede matar un hombre, aunque por otra parte afirma con la más completa certeza que esto no ha sucedido nunca. Y su opinion conviene por completo con las observaciones hechas por mí, como Director del Jardin Zoológico de Viena, sobre las luchas de los monos. Todos ellos acometen furiosos á su contendiente, y con la rapidez del relámpago lo muerden con rabia y lo dejan en seguida.

A Europa no ha llegado hasta ahora más que un ejemplar vivo, que murió á poco, de un mono llamado gorilla, aunque no declarado tal por los inteligentes. Estuvo en el Aquarium de Berlin, y en todo se asemejaba al chimpanzé.

Para concluir, echemos una ojeada al grupo de grandes monos, comprensivo de todos los que no tienen cola, y que se distinguen por su cuerpo, ojos y oídos, parecidos á los del hombre en estructura y posicion, así como en su sistema dentario: Borneo y Sumatra hospedan al orang; el continente meridional del Asia y sus islas, á los gibones y sus siete variedades, todos muy pequeños, conformados para vivir sólo en los árboles, y con brazos desmesuradamente largos. Los demas pertenecen todos al continente africano, al sud del Sahara. El más extendido es el chimpanzé, que aparece en casi toda esta region; el gorilla, circunscrito á las costas occidentales del África central, y otro que llegó vivo recientemente de las costas de Loango al Jardin Zoológico de Dresde, y que, como se ve, habita en el país del gorilla, tan diferente de aquél por sus manos excesivamente estrechas y largas, que se considera como una especie aparte, llamada *Tschego*.

GUSTAV JAEGER.
(T. por EDUARDO MIER.)

EL CONEJO.

La patria del conejo es España. Algunos pretenden que este país debe su nombre á la multitud de estos animales, que los fenicios llamaron Hispania, país de conejos ó país despoblado.

En la época de la dominacion de los fenicios en España eran ya conocidos los conejos en la antigua Grecia, y por esta causa no eran extraños á los habitantes de la ciudad de las cien puertas. Su presencia en Grecia puede muy bien tener origen en que individuos de los que formaron

las colonias griegas en la costa del Mediterráneo de la Península, anteriores á la venida de los fenicios, llevasen algunos conejos para su reproduccion en aquel país.

Desde España y Grecia se extendieron por el sur de Francia y norte de Italia, y de ahí al centro de Europa. Más tarde fueron introducidos en Inglaterra: también se extendieron por el Africa y Asia durante la dominacion de los árabes en España, y posteriormente fueron transportados por los europeos á la América meridional.

El conejo es habitante de la zona templada en su parte central y meridional; en la parte norte de dicha zona no se le encuentra, como sucede en Suecia, Noruega, norte de Rusia, etc., porque no puede soportar los climas frios.

A primera vista, el pelo del conejo tiene un tinte gris mezcla de negro y pardo amarillento, y blanco el vientre; pero observado con más detencion, se nota que las orejas están cubiertas de un pelo fino de color blanquecino por la parte interior y por la extremidad del exterior. La parte principal de la exterior del mismo es pardo negruzco. El color de la lana del cuerpo es gris oscuro; el pelo de la frente es negro por su parte inferior y oscuro por la superior, lo que le da un tinte color de tabaco rubio.

Los conejos viejos tienen los ojos cercados por una línea amarilla, al paso que en los jóvenes es blanca. Desde esta línea ó borde parte una faja del mismo color y sube hasta la cepa de la oreja correspondiente, bajando al hocico hasta tocar al bigote. Las manchas sobre los ojos son negras.

Los conejos viejos tienen entre las orejas una faja estrecha rojiza que se extiende sobre el cuello y entre las paletillas, terminando en una mancha del mismo color, de cuatro centímetros en cuadro.

Las uñas de los conejos son largas, afiladas y blancas.

El macho es siempre mayor que la hembra.

Los sentidos de los conejos son muy finos.

Es más ágil que la liebre, aunque no más veloz, y más astuto que ésta.

El conejo es más sociable que la liebre, más amante de su familia y mejor consorte. Está vigilante al menor peligro que amenaza á los suyos, y hace sus señales á la aproximacion de él para que toda su tribu se ponga á salvo.

Por los meses de Febrero y Marzo empieza el celo del conejo.

A pesar de que la pasion amorosa es igual en los dos sexos, no por esto se puede afirmar que el conejo dedique siempre sus caricias á una sola hembra. Pero sí se puede dejar sentado que miéntras que la hembra puede ó quiere permanecer á su lado, él no se separa un punto de ella y la colma de caricias; pero que si ella tiende á separarse, no imita á la liebre obligándola á que le siga.

Durante la preñez la coneja se deja cubrir, pero no nos es conocido ningun caso de superfetacion, á pesar de tener, como la liebre, una segunda matriz.

Su preñez dura treinta ó treinta y un dias, y hasta fin de Octubre pare cada cinco semanas de cuatro á doce pequeños, que al nacer vienen ciegos, en una cama cubierta con lana que se arranca de su vientre, la cual sitúa en una extremidad del vivar ó en una gazapera especial. Los gazapos no salen á luz; en general, hasta que la madre ha dejado de amamantarlos, y esto no sucede hasta que ésta se ve sorprendida por un nuevo parto.

Entre tanto los deja solos algunos buenos espacios de tiempo, despues de tapar la boca de la gazapera y mojarla con su orin. Este tiempo le aprovecha para dedicarlo al parto y á buscar á su anhelante esposo, á quien dedica algunos dulces aunque cortos momentos. Buena madre, que sacrifica sus placeres á los deberes que la ligan á sus hijuelos. La entrada en el ámbito donde se ejercen los deberes maternales está prohibida hasta al autor de los dias de la nueva prole.

El conejo, que ve á sus hijos por primera vez, los recibe con muestras de gran cariño; los coge entre sus manos, les lame los ojos y se esfuerza, en union de la madre, en conducirlos á los sitios donde el pasto es más tierno ó más adecuado á su corta edad.

La fecundidad de las conejas es inmensa, se ha hecho proverbial, y la facilidad que tienen, tanto los jóvenes como los viejos, de librarse de sus enemigos, hace que su reproduccion sea enorme. Por esta razon, con pocos in-



EL GORILLA.

dividuos de esta especie se consigue llenar de conejos en poco tiempo una localidad desprovista de ellos (1). Monsieur Pennant se tomó el trabajo de calcular que con un par de conejos, en un período de cuatro años, pueden producirse 1.274.840 individuos, en el supuesto de que cada hembra tenga siete crías al año y en cada cría dé ocho gazapos.

A los cinco meses puede ser fecundada la coneja que habita climas cálidos, pero hasta los doce no está completamente desarrollada.

A pesar de que el conejo y la liebre son individuos de un mismo género, jamás hemos oído que se hayan obtenido resultados de su cruce, á causa de la desavenencia que siempre reina entre estas dos especies. En los casos de haber puesto un macho de cada especie y una hembra de cualquiera de las dos, el resultado ha sido siempre que el conejo ha conseguido dar muerte á la liebre.

El conejo elige siempre terrenos arenosos ó de aquellos en que la arena entra en buena cantidad, en los cuales encuentra más fácil la construcción de sus vivares, prefiriendo aquellos que tienen pequeños accidentes; no obstante, también se le encuentra en las planicies y en los peñascales que por su formación son accesibles y ofrecen poca dificultad á la construcción de vivares.

Este animal es bastante astuto para construir sus vivares á mayor altura que la que suelen alcanzar las aguas de las corrientes más próximas.

A medida que una familia aumenta, ensancha las dimensiones de su vivienda, ó se extiende y aísla formando una nueva cualquiera de las parejas que prefieren la emancipación. A la extremidad de cada boca, y por su parte más recóndita, cada hembra se forma una pequeña cámara, que sólo usa al tiempo de dar á luz sus crías, y en la cual nadie tiene acceso.

El conejo permanece de día casi siempre en el vivar cuando la localidad en que habita está desprovista de arbolado ó de matorrales. Si en las cercanías de su vivar existen algunas matas ó arbustos, se le verá con frecuencia tomar el sol al abrigo de dichas plantas, ó en el pasto si hace buen tiempo; pero en días tempestuosos, nublados ó lluviosos, se refugia en su vivar durante el día.

Tan pronto como la estrella vespertina se hace visible, desfila toda la familia en busca de alimento (en esto lo verifica más temprano), pero mostrando más precaución que la liebre por su seguridad, pues antes de abandonar la boca del vivar se detiene á observar lo que pasa en el exterior, y á la menor muestra de peligro avisa á toda la colonia por medio de golpes que produce con sus patas posteriores, huyendo él á su vez. Pero cuando el horizonte está despejado de peligros, gazea con toda tranquilidad hacia el pasto.

Parece ser que toda la familia respeta y obedece los mandatos del patriarca; que en ella no existen disturbios ni rencillas, y, en fin, que viven en paz perfecta.

Curiosas por demás son las siguientes observaciones hechas por Mr. La Chapt du Montier; entre otras cosas, dice lo que sigue:

«Con el gran aumento de familia quedaron, no obstante, todos los padres sometidos á la obediencia del patriarca. Tan pronto como se originaba una cuestión, bien fuese en el pasto ó por otra causa, acudía el abuelo sin demora. Aquellos que eran sorprendidos en la riña eran separados y castigados *in continenti*. Por lo tanto, generalmente sucedía que así que era visto por los contendientes el severo juez de la colonia, todo quedaba en calma y se restablecía el orden.

» Otra prueba de la autoridad que ejerce el abuelo sobre todos sus descendientes se demuestra en el hecho de que al ser todos llamados por aquél por medio de un silbido, acudían á colocarse detrás de él y á seguirle hasta su morada. Aquí los hacía desfilar á todos delante de él, cerrando él mismo la marcha.»

El conejo se alimenta con granos de todas clases, hojas de todas las raíces alimenticias, hierbas, verduras, trébol, etc.; cuando esto falta, no desdeña las cortezas de los árboles; pero si éstos son olivos y frutales jóvenes, parece

que tienen un especial placer en descortezarlos, así como las acacias y los enebros. La hoja del olivo la estima especialmente, pero le produce la hematuria.

El conejo tiene fuera del vivar los mismos enemigos que la liebre; dentro de él su irreconciliable, mortal y sanguinario enemigo es el huron. Éste, como todos los demás pequeños carnívoros pertenecientes á la familia *Mustelinae*, le busca en los más estrechos y recónditos rincones del vivar. Si no consigue el conejo evadirse á tiempo, es perdido sin remedio. Esto no lo ignora *colin*; el pobre animal, una vez sorprendido, se resigna, se agazapa y se deja degollar.

Ni la marta, ni la garduña, ni la zorra pueden entrar en el vivar; y si la segunda lo llega á conseguir alguna vez, no lo verifica sin hacer algún ruido, lo cual facilita la huida de los habitantes del vivar.

La multiplicación de los conejos ocasiona daños tales en los sembrados y en las huertas que no están bien cercadas, así como en los plantíos y viveros, que si se hubiesen de indemnizar, se vería que son mayores que los beneficios que reportan.

Siempre he considerado al conejo como animal exclusivamente dañino, y le incluiré en el catálogo de las alimañas en toda finca que deba producir frutos agrarios, productos forestales, y hasta en los parques de caza, cuya producción es animal.

Los matadores de conejos, los que no distinguen al verdadero cazador del tirador, pensarán de distinto modo. El cazador á quien la muerte de mayor número de conejos proporcione un día de solaz, sin experimentar los disgustos que ocasiona la vecindad de un cazadero al pobre agricultor, no opinará de la misma manera que el montero de profesión, que debe atender á la mayor producción de los predios y al mejor entretenimiento de la caza y mayor desarrollo de sus especies.

El conejo, más que come, estropea los pastos para toda clase de ganados y hasta para otras especies de caza. Donde hay mucho conejo abundan poco las demás especies; además su valor intrínseco es muy insignificante. Sólo en terrenos que no sirvan para otra cosa y estén apartados de los centros de producción se pueden consentir los criaderos de conejos.

Para que el lector se forme idea de los daños que produce el conejo, será suficiente lo que sigue:

En casi todos los países de Europa (exceptuando España y Nápoles) está permitida la caza del conejo.

A pesar de esto, es muy difícil librarse de ellos cuando se han apoderado de un terreno, si no se huronan los vivares por espacio de algunos años. Ejemplo de lo que decimos nos presenta la Casa de Campo, que á pesar de haberse tratado de limpiarla de conejos por medio del huron, no se ha conseguido por falta de asiduidad.

Segun Martini, se calculaba en Francia hacia el siglo XVII que el valor de un conejo era de 60 á 75 céntimos, al paso que los daños por él producidos los hacían subir á 20 libras (76 reales). A consecuencia de este cálculo, el príncipe Condé atribuía á los conejos la pérdida de la mitad de sus rentas, por cuya razón dió orden de exterminarlos y destruir los vivares.

La carne del conejo es muy apreciada por su blancura y buen sabor, á pesar de ser algo seca.

Su piel es buen producto para objetos de peletería, y el pelo se aprovecha para fabricación de fieltros.

El conejo se caza del mismo modo que todos los demás animales, y además con el bicho (huron). Esta caza consiste en cerrar todas las bocas por medio de unas redes llamadas capillos, introduciendo el huron provisto de un cascabel al cuello, con objeto de que le sientan los conejos y huyan del vivar y en su huida se enreden en los capillos. En las bocas que no se ponen los capillos se sitúan cazadores, que van tirando á medida que salen los conejos.

TORRE AYLLON.

CLAUSURA DE LA CAZA EN FRANCIA.

ÚLTIMA CACERÍA EN EL CASTILLO DE FONTENAY-TRÉSIGNY, DE S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Al anunciarse la clausura de la caza en Francia para el día 11 de Enero, acordó S. M. la Reina invitar á varias

personas para celebrar la última fiesta venatoria de la temporada, y juzgar por sí misma de los estragos hechos en sus montes por las grandes nevadas que han destruido los mejores cazaderos de las cercanías de París, y disponer lo conveniente á fin de repoblarlos, si era menester, para lo venidero.

En la prevision de que la cacería no correspondiese á lo que era de esperar de los magníficos bosques de Fontenay, el Sr. Marqués de Alta Villa, jefe de la casa de S. M., y montero mayor, anunció á los convidados sus temores de que el éxito no fuese tan satisfactorio como otras veces, si bien el guarda mayor, M. Rousseau, le manifestó que, aunque los daños causados por las nieves habían sido muy sensibles para las perdices, la abundancia de conejos y de faisanes ofrecía gran solaz y diversion á todos los asistentes á la Real cacería. El Guarda mayor partía del extraordinario esmero con que se ha dado de comer á la caza durante las constantes y copiosas nevadas, mientras en los cotos colindantes han perecido los animales de todas especies. Hé aquí el por qué, gracias á tan discreta administracion, los bosques de Fontenay han sido el último día la admiración de muy peritos cazadores.

Si se añade á esto que aquí la persecucion de los animales dañinos se hace sin darles tregua ni descanso, y que no se omite diligencia ni esfuerzo alguno para la conservación y multiplicación de la caza, se comprenderá el cómo ha habido y hay abundantísimo número de faisanes para llenar las faisanerías y preparar la reproducción en adelante, y para haber repoblado los bosques oportunamente y poder ofrecer brillantes cacerías, dejando aún en los campos numerosas *poules* que el año venidero convertirán á Fontenay en el mejor coto conocido, sin los gastos ni dispendios que en este país requieren tales cosas, sino con el estudio y asiduidad que deben presidir á la creación y entretenimiento de estos grandes cazaderos.

Hay que notar, sin embargo, que Fontenay no es de esos cotos que se preparan todas las vísperas de las cacerías, echando faisanes para sorprender con su abundancia á los aficionados al ver una multitud en cada ojeo. Aquí la preparación es discreta y acertada, para dar por resultado un cazadero abundante, pero no una especie de palomar de aves domésticas, sino un bosque de faisanes silvestres. También es costumbre observar con rigor todos los buenos preceptos de la caza, hasta el punto de que el que mata una faisana no deja de pagar la multa de veinte francos, siendo la misma Reina quien da el ejemplo cuando comete algún descuido de esta clase.

La cacería á que nos vamos refiriendo comenzó el día 6, anticipándose S. M. para recibir á los convidados, y siendo á su vez recibida la Reina con grande entusiasmo por la población de Fontenay, que ve en la augusta señora la madre de todos los desgraciados de aquellos contornos, como le ha sucedido siempre en España, llegando á cien pobres los que comen diariamente en el castillo de la Reina. Así corresponde S. M., no sólo á las generosas atenciones que recibe de estos hospitalarios habitantes, sino también á los nobles impulsos de su corazón.

El día 6 estaba ya reunida toda la comitiva, en que se contaba, entre otras personas, á S. A. el Príncipe Luis de Borbon, el Marqués de Camposagrado, M. Paul de Cassagnac, M. H. Thors, M. Thomassa, M. Ernest Bellecroix, el Marqués de la Merced, los Marqueses de Alta Villa, y sus dos hermanas las señoritas de la Puente, todos en traje de caza. S. M. la Reina se incorpora á las batidas al mediodía, y va de un ojeo á otro en un precioso carruaje tirado por dos jacos navarras, con cuantas precauciones requieren su seguridad y el rigor del clima. Las demás señoras van también en cómodos carruajes, á los cuales sigue un típico carro de caza, en que se colocan primorosamente las piezas muertas, como trofeo de la fiesta.

El primer día se cazó en el parque, habiendo ojeo en que se mataron 72 faisanes y 40 conejos, siendo S. M. una de las escopetas más afortunadas, segun se dice en términos venatorios. Habiendo dispuesto la Reina hacer un regalo á su augusto hijo el Sr. D. Alfonso XII de los faisanes muertos por su mano, el jefe de la Real casa ordenó que se señalasen todos los que caían á los tiros de S. M.

El segundo día se hizo la cacería en el monte inmedia-

(1) Plinio refiere que en tiempo del emperador Augusto los habitantes de las Islas Baleares reclamaron auxilios militares de dicho soberano para librarse de la plaga de los conejos.

to, llamado *Bois du Roi*, y como la temperatura fuese un tanto desagradable, S. M. y las señoras de la comitiva se quedaron en el castillo, reservándose para el día tercero, que se volvió á ojear el parque.

La caza fué abundantísima, y cuantos señores tuvieron la honra de asistir á ella se retiraron ponderando los finísimos agasajos de la Reina, y el grato solaz con que los había distinguido, así como también celebrando la inteligencia con que son preparadas estas fiestas venatorias por el jefe de la casa, y la precision y acierto con que las realizan los guardas y monteros de la servidumbre régia.

El estado en que han quedado los montes, y los preparativos hechos, anuncian las buenas cacerías que se preparan para el otoño próximo, á las cuales hemos tenido la honra de ser invitados por S. M., reservando para entónces el dar á los lectores de LA ILUSTRACION VENATORIA más extensos detalles sobre el cazadero y la pesquería de Fontenay-Trésigny, creados por una direccion acertada en los abandonados montes de la familia de Biron, que hoy constituyen uno de los sitios más deliciosos de los alrededores de París.

A. T.

ASOCIACION DE AFICIONADOS Á LA CAZA DE BARCELONA.

Esta celosa é ilustrada corporacion, que tantas veces ha merecido nuestros elogios, no solamente por su entusiasmo venatorio, sino también por su amor á la ley y por los generosos esfuerzos que ha hecho para propagar el espíritu de asociacion, el respeto á la veda, la persecucion de los dañadores y cazadores furtivos, y el premio á cuantos la secundan en tan noble empresa, hasta el punto de haber establecido el orden y la moralidad en esta parte por todo el antiguo Principado de Cataluña; esta Corporacion, que despues de haber sido ejemplar, ha contribuido tan dignamente á la creacion de otras análogas en distintas provincias, ha ideado ahora un pensamiento por todo extremo laudable, nuevo en España y de fecundos resultados, cual es la celebracion pública y solemne, con carácter oficial, de la próxima clausura de la caza y apertura de la Veda, á los fines que se indican en el siguiente honroso oficio de invitacion, que ha enviado al Sr. Gutierrez de la Vega, Director de LA ILUSTRACION VENATORIA:

«ASOCIACION DE AFICIONADOS Á LA CAZA DE BARCELONA.—El Sindicato de esta Asociacion ha dispuesto celebrar solemnemente la clausura del período de caza, con la reparticion de premios á los individuos de los distintos institutos que tienen á su cargo la observancia de la ley, el día 15 de Febrero del corriente año.

»Al organizar por primera vez, y de una manera ostentosa, el profundo respeto que profesa á las disposiciones de la ley, para que con la publicidad del hecho se fije más entre los aficionados el recuerdo de sus deberes, debia presentarse en primer término á su memoria la persona de V. E., que asociándose á nuestros esfuerzos para el respeto á la legalidad, y en una escala más vasta que le ha permitido la importancia de las publicaciones que acreditadamente dirige, y el centro nacional de donde parten, merece el más distinguido lugar en todos los actos de honra para nuestra Asociacion, que cuenta á V. E. entre sus más ilustres miembros.

»Este Sindicato, pues, que ha visto secundadas sus primeras tentativas, no sólo con la cooperacion material que se sirvió V. E. prestar á la suscripcion abierta al objeto, sino con la más valiosa, esto es, la moral, que le permiten sus más esclarecidas facultades en apoyo de tan loable objeto, se complace noblemente en invitar á V. E. para que se sirva honrar con su persona la indicada sesion, esperando que ilustrará de este modo un acto tan importante como trascendental para los intereses venatorios, confirmando una vez más los títulos á la simpatía, alto aprecio y distinguidísima consideracion que ha merecido siempre de este Sindicato.

»Dios guarde á V. E. muchos años.—Barcelona, 17 de Enero de 1880.—El Presidente, *Joaquín Badia y Andreu*; el Secretario, *Joaquín de Molins*; el Tesorero, *José Enrique Coll y Masadas*.—EXCMO. SR. D. JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.»

La Redaccion de LA ILUSTRACION VENATORIA, al publicar el oficio que antecede, se considera obligada á dar un público y solemne testimonio de gratitud á la Asociacion de Aficionados á la Caza de Barcelona, ofreciendo al mismo tiempo á sus lectores tenerlos al corriente del magnífico pensamiento que nuestros queridos camaradas catalanes van á celebrar el 15 de este mes en la capital del antiguo Principado.

Tenemos entendido que no se omiten medios ni diligencia alguna para que el suntuoso acto tenga lugar con la mayor ostentacion y grandeza, para lo cual el Ayuntamiento de Barcelona ha cedido el famoso salon de Ciento, de su palacio municipal, contándose con la asistencia de las altas autoridades de Cataluña y de muchos más personajes de diversas provincias.

A. T.

CAZA Y CRIA DE RUISEÑORES.

Pronto llegarán los días primaverales, y con ellos las brisas templadas, la fragancia de las azucenas y las dulces melodías de los pájaros cantores. Hay uno entre éstos que nos abandona en invierno, regresando luego en el mes de Marzo, que tiene un aspecto poco seductor y poco á propósito para enamorar la vista, pero que posee un talento artístico supremo, y que carece de rival en la creacion á causa de sus armoniosos y suavísimos cantos.

Despierto ántes que la aurora, el ruiseñor, puesto que á él nos referimos, nos canta variadas é infinitas melodías, y aún despues de ocultarse el sol sigue llenando el espacio con los ritmos cadenciosos que salen de su privilegiada garganta.

Cuando se tiene la fortuna, no muy frecuente por cierto, de ser dueño de una de estas filarmónicas familias, es de admirar la tierna solicitud con que el ruiseñor vela por todos y cada uno de los individuos que la componen: de concierto con la hembra, lleva el alimento á los hijuelos sin olvidar á ninguno: al rumor más insignificante se oye un agudo grito de alarma, grito tan bien comprendido como obedecido puntualmente, escondiéndose al oírlo cada cual lo mejor y más de prisa que puede, para recobrar la tranquilidad y la alegría apénas pasa la amenaza ó la realidad del peligro.

El cazador que se propone coger ruiseñores se provee, allá á fines de Mayo ó principios de Junio, de un lazo, de un cestillo lleno de esos gusanos llamados tenebriones, que nacen de la harina; de dos ó tres jaulas cubiertas de tela verde, y, sobre todo, de una dosis incalculable de paciencia. Con tales elementos encamina sus pasos á los campos cubiertos de arbolado, donde el ruiseñor, mientras que la hembra cobija á los pequeñuelos, la arrulla con las canciones más amorosas que tiene en su vasto repertorio. A corta distancia del árbol en que el pájaro trina, y en un sitio bien al descubierto, se escarba un poco la tierra, fijando en el hoyo con un alfiler, pero sin matarlos, algunos gusanos de los que van de repuesto en la cesta. No tardará mucho el ruiseñor en apoderarse del cebo para llevarlo á su cría, cuyos desaforados gritos revelan pronto al cazador el lugar donde el nido se encuentra. Este se coge si las avecillas están cubiertas de plumas, poniéndolo junto al hoyo cebado y cubriéndolo con una red. Entónces llega el momento de tender el lazo, compuesto de dos semicírculos de alambre unidos por medio de un resorte y provistos de una red de seda verde con las mallas bastante estrechas. Atraídos por su afición á los gusanos, el padre y la madre, más pronto ó más tarde, caen en poder del cazador, quien debe meterlos con esmero en las jaulas, cuidando de que no se estropeen ni lastimen por el camino, porque el ruiseñor es un pájaro delicadísimo.

Si hay en la casa pajarera debe preferirse al sistema de jaula, para que vivan estas aves, que adoran como ningunas la libertad, el aire, el sol y el espacio. Ya estén en una ó en otra parte, ha de rodeárselas de la mayor cantidad posible de hojas verdes, al ménos durante los primeros días de cautiverio, ficcion inocente que sirve para hacerles creer que se encuentran aún en los agrestes palacios donde se mecieron al soplo de la brisa las transparentes esmeraldas de su cuna. No ha de faltarles nunca

agua clara y limpia, y esos gusanos de que ya hemos hablado, que se encuentran en las tahonas ó depósitos de harina, ó larvas de hormigas, á que también se muestran muy aficionados los ruiseñores en el estado libre.

Para proceder á la instalacion de los alados huéspedes, que gustan infinito de la soledad y del silencio, se deposita en el suelo de la pajarera con mucha precaucion y casi casi en la disposicion misma en que se encontró en el campo, el nido que ocupan los pequeñuelos, poniendo á poca distancia y al alcance de la mano las jaulillas donde están encerrados el padre y la madre. Despues se observa lo que ha de suceder, guardando el más profundo silencio. Los pajarillos empiezan á llamar dando unos gritos capaces de quebrantar las piedras, pero es preciso dejarlos que alboroten lo que se les antoje, hasta que se comprenda por el aleteo, la agitacion y los movimientos, que el ruido ha llegado al corazon de los padres. Se suelta primero al macho, abriéndole las puertas de su prision, del lado donde proceden los llamamientos, de modo que se dirija sin vacilar al reclamo.

Una vez reconocidos los hijos, reune apresurado y con ánsia todo lo que encuentra bajo el pico para llevárselo á sus pobres hambrientos, y mientras está ocupado en esta paternal faena, se da suelta por el mismo sistema á la madre, que se apresura en un todo á imitar la conducta del esposo.

Lo más difícil está ya hecho, y sólo quedan los cuidados diarios que han de prodigarse á estos sublimes cantores de la Naturaleza.

Durante los primeros días han de usarse idénticas precauciones que en un principio, entrando siempre en la pajarera una misma persona, y no permaneciendo allí más que el tiempo necesario para renovar el agua y la comida.

Así que transcurre una semana se sustituyen los gusanos ó larvas de hormigas con un pedazo de corazon de ternera crudo, bien limpio de fibras y de grasa y picado muy menudo con hojas de perejil. Esta pasta se da á los ruiseñores en una taza chata ó en una cazolilla, cubriéndola de gusanos, hasta que se vea que el padre y la madre dan de comer sólo de dicha pasta á sus hijos, en cuyo caso ya no se les sirve de otra clase de alimento.

De vez en cuando se añade al picadillo cierta cantidad de almendra molida y un poco de miel, manjar delicioso para los ruiseñores, que al probarlo se animan y se vuelven locos de alegría.

Siguiendo al pié de la letra estas sencillas indicaciones, hay probabilidades de criar y de tener en nuestras casas una familia de ruiseñores machos, porque á las hembras se las debe dejar en libertad apénas llegan á la edad adulta. No cantan como aquéllos, son muy impresionables, mueren por lo comun al cabo de llevar cierto tiempo de encierro, y su muerte entristece de tal modo á los ruiseñores, que no tardan en seguir las huellas de sus compañeras, convirtiendo las jaulas en breves cementerios llenos de soledad, de pardas plumas y de tristes y desconsoladores recuerdos.

Todos los cuidados nos parecen pocos para lograr una cría de estas aves, gloria, armonía y música celeste de los bosques, y que si carecen del rico y esmaltado plumaje del bengalí, son en cambio símbolo de ternura en sus amores, y artistas inimitables en unos cantos que han logrado alcanzar la primacía y servir de envidia, de tipo y de modelo en el mundo intrasigente y severo del arte.

Y despues de todo, ¿qué placer más indecible y puro habrá que el de oír desde nuestro gabinete de estudio los delicados gorjeos y las frescas modulaciones del ruiseñor gentil, haciéndonos gozar del mayor de los atractivos que ofrece la vida tranquila y poética del campo?

A. G. C.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA EXTRAORDINARIA DEL DÍA 20 DE ENERO DE 1880, Á LAS DOS DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de cinco pichones y tres tiradores, la ganó, matando cuatro de cinco tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Vizconde de la Torre de Luzon y Marqués de Ahumada.

La segunda piña, lo mismo que la anterior y de cuatro tiradores, la ganó, matando cuatro de cuatro tiros, el Sr. Conde de Gomar, contra los Sres. D. Eduardo Anspach, Vizconde de la Torre de Luzon y Marqués de Ahumada.

GACETILLA.

La tercera piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando nueve de trece tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Marqués de Ahumada, Vizconde de la Torre de Luzon y Conde de Gomar.

La cuarta piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y seis tiradores, la ganó, matando cinco de seis tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Marqués de Ahumada, Conde de Gomar, Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Huéscar y Marqués de Peñafior.

La quinta piña, lo mismo que la anterior, y de cinco tiradores, la ganó, matando dos de dos tiros, D. Eduardo Anspach, contra los señores Marqués de Ahumada, Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Huéscar y Conde de Gomar.

La sexta piña, cada tirador á su distancia, de un pichon y cinco tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, el Duque de Huéscar, contra los Sres. Marqués de Ahumada, D. Eduardo Anspach, Vizconde de la Torre de Luzon y Conde de Gomar.

La séptima piña, igual á la anterior, la ganó, matando dos de dos tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Marqués de Ahumada, Duque de Huéscar y Vizconde de la Torre de Luzon.

La octava piña, cada uno á su distancia, de un pichon y cuatro tiradores, la ganó, matando uno de un tiro, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Marqués de Ahumada, Duque de Huéscar y Vizconde de la Torre de Luzon.

La novena piña, á 22 metros, de una carambola y seis tiradores, la ganó, matando tres de seis tiros, D. Eduardo Anspach, contra los señores Marqués de Ahumada, Duque de Huéscar, Vizconde de la Torre de Luzon, Marqués de la Mina y Duque de Fernan-Núñez.

La décima piña, cada tirador á su distancia, de un pichon y siete tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Marqués de Ahumada, Duque de Huéscar, Vizconde de la Torre de Luzon, Marqués de la Mina, Duque de Fernan-Núñez y don Scipion Morillo.

La tirada terminó á las cuatro y media.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 23 DE ENERO DE 1880, Á LAS DOS DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y seis tiradores, la ganó, matando cinco de cinco tiros, el Sr. Duque de Huéscar, contra los Sres. Vizconde de la Torre de Luzon, Marqués de la Mina, D. Pedro Santos Suarez, D. Scipion Morillo y Conde de Gomar.

La segunda piña, cada uno á su distancia, de cinco pichones y cuatro tiradores, la ganó, matando cuatro de cinco tiros, el Sr. Duque de Huéscar, contra los Sres. Vizconde de la Torre de Luzon, Marqués de la Mina y Conde de Gomar.

La tercera piña, cada uno á su distancia, de diez pichones y dos tiradores, la ganó, matando ocho de diez tiros, el Sr. Duque de Huéscar, contra el Sr. Conde de Gomar.

La cuarta piña, cada tirador á su distancia, de un pichon y cinco tiradores, la ganó, matando tres de cuatro tiros, el Sr. Duque de Huéscar, contra los Sres. Vizconde de la Torre de Luzon, Conde de Gomar, Marqués de la Mina y D. Scipion Morillo.

La quinta piña, lo mismo que la anterior y de siete tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, el Sr. Marqués de la Mina, contra S. M. el Rey y los Sres. D. Scipion Morillo, Duque de Huéscar, Duque de Fernan-Núñez, Vizconde de la Torre de Luzon y Conde de Gomar.

La sexta piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y siete tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, el Sr. Duque de Huéscar, contra S. M. el Rey y los Sres. D. Scipion Morillo, Duque de Fernan-Núñez, Vizconde de la Torre de Luzon, Conde de Gomar y Marqués de la Mina.

La séptima piña, igual á la anterior, la ganó, matando tres de cuatro tiros, S. M. el Rey, contra los Sres. D. Scipion Morillo, Duque de Huéscar, Duque de Fernan-Núñez, Vizconde de la Torre de Luzon, Conde de Gomar y Marqués de la Mina.

La tirada terminó á las cinco.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 27 DE ENERO DE 1880 Á LAS DOS DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de diez pichones y dos tiradores, la ganó, matando seis de once tiros, D. Juan G. Du Bosc, contra D. Eduardo Anspach.

La segunda piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando seis de nueve tiros, D. Eduardo Anspach, contra el Sr. Du Bosc.

La tercera piña, lo mismo que las anteriores, la ganó, matando seis de diez tiros, D. Eduardo Anspach, contra el Sr. Du Bosc.

La cuarta piña, cada uno á su distancia, de cinco pichones y dos tiradores, la ganó, matando dos de tres tiros, D. Eduardo Anspach, contra el Sr. Du Bosc.

La quinta piña, á 24 metros, de una carambola, la ganó, matando uno de dos tiros, D. Juan G. Du Bosc, contra D. Eduardo Anspach.

La sexta piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando dos de dos tiros, D. Eduardo Anspach, contra el Sr. Du Bosc.

La séptima piña, igual á las anteriores, la ganó, matando dos de cuatro tiros, el Sr. Du Bosc, contra D. Eduardo Anspach.

La tirada terminó á las cuatro y media.

UN FENÓMENO ZOOLOGICO.—Dice un periódico de Vigo que en un pueblo de Galicia ha dado á luz una cerda tres marranillos, uno de los cuales tiene tres cabezas, parecidas una de ellas á la de un burro, otra á la del gato, y la tercera, ó sea la de en medio, á la raza á que pertenece el animal. Tiene seis piernas y dos colas.

Muchas han sido las personas que fueron á ver tal rareza, saliendo todas ellas sorprendidísimas, no ya sólo de la forma del animal, sino de la todavía más original de imitar el rebuzno, el maullido y el gruñido de los animales que figuran las tres citadas cabezas.

Una de las personas en cuestion ofreció á la dueña del cerdito 2.000 reales por él.

FIEREZA DE UN JABALÍ.—Nos comunican de Zalamea la Serena, provincia de Badajoz, un caso raro acontecido con un jabalí y un perro de la recova del señor Conde de Torre Arce. Dando caza á un soberbio jabalí en el término de la Peraleda del Zaucejo, mantuvo éste una lucha de ocho horas con los perros, acometiendo con tanta fiereza á un fuerte alano, que de la embestida le clavó en la mejilla izquierda todo un enorme colmillo, dejándose allí embutido completamente, y por efecto de una tremenda sacudida el colmillo se rompió por su misma base, quedando el jabalí sin esta poderosa defensa y rindiéndose poco despues.

La cabeza del jabalí ha sido embalsamada y expuesta en casa del Sr. Severini, en Madrid, Carrera de San Gerónimo, donde la han examinado algunos cazadores.

CAZAR SIN ESCOPETA.—Leemos en una correspondencia que publica *La Chasse Illustrée* la siguiente caza curiosa: «Puedo aseguráros que, sin cazar, he muerto hace tres días un hermoso corzo que ha servido para el casamiento de mi hermana.

«Deseando dar un paseo para hacer apetito, me fuí á visitar á mi madre. No encontrando á nadie en la casa, me disponia á salir, cuando oí en el corral un ruido extraño, y veo á los pollos huir en todas direcciones.

«A este ruido intempestivo me vuelvo y veo un precioso corzo que trataba de poner en salvo su vida á toda costa. Al momento corro á ocupar el sitio por donde podia escaparse, y le señalo la puerta de la cuadra, obligándole á entrar en ella con mis acciones.

«De un salto se lanza en medio de las mulas de la labranza, quedando desde aquel instante en mi poder, por haber cerrado la puerta de la cuadra tras de mí. Matarlo ya fué asunto no muy difícil ni arriesgado.

«La causa de la entrada del corzo en el corral de la casa de mi madre se debía á la viva persecucion que le habian hecho dos perros del colono.

«Pesaba 18 kilogramos sólo de carne.»

MUERTE DE UN DELFIN.—Escriben de Grau-du-Roi al *Midi de Nimes* lo siguiente:

«No se trata de la muerte del hijo primogénito del Rey de Francia, sino sencillamente del fin sangriento de un enorme pescado que es la desesperacion de los pescadores, no tanto por el consumo que hacen de mújoles y maquereles, sino por lo difícil que es pescarlo con ninguna clase de armadillos usados hasta el presente.

«El juéves por la noche, á las seis, el que se hubiera encontrado en la playa en el sitio llamado las *Pointes* habria sido testigo de un combate terrible y singular. El éxito estuvo dudoso durante mucho tiempo, pero al fin se consiguió.

»La lucha se entabló por una parte por dos marineros y por la otra por un magnífico delfín.

»Arrastrado este pescado por su glotonería, habia perseguido una bandada de mújoles, que huian espantados ante tan terrible enemigo.

»Cuando el monstruo se hubo hartado por completo trató de dirigirse á alta mar, pero todos los esfuerzos que hizo fueron impotentes. El agua no tenía la suficiente profundidad para sus evoluciones, y en vano se revolvía furioso en el escaso fondo en que se habia metido, lo que llamó la atencion de los dos marineros que volaban del faro de la Espignette, Pascual Guiard y Francisco Urbe.

»Estos hombres valerosos se armaron de dos largas pértigas, de que los pescadores se sirven para secar sus redes, y atacaron al delfín medio encallado en la arena.

»El monstruo, que no podia moverse, recibia los golpes de sus adversarios; pero cuando sentia que el agua lo levantaba del fondo se lanzaba sobre sus enemigos, que entónces se alejaban prudentemente.

»Ésta fué, durante una hora, la lucha peligrosa y terrible. Urbe, de más edad que su compañero, mostró en ella un gran valor.

»El delfín resollaba con una fuerza extraordinaria á cada nuevo golpe que le daban. Su cabeza se levantaba sobre el agua, y su cola azotaba con golpes redoblados el elemento líquido, que se elevaba á tres metros de altura. Por último, despues de los más desesperados esfuerzos por una y otra parte, el monstruo, sintiéndose vencido, no opuso ninguna resistencia y se dejó matar.

»Su cuerpo fué sacado á la orilla, en la que todos pudieron verle. Medía tres metros de longitud y uno de circunferencia.»

MUERTE DE UNA CAZADORA CÉLEBRE.—La famosa cazadora Leny Sobdell, cuya vida aventurera ha sido tantas veces contada por los periódicos americanos, ha muerto hace poco en Danyurs.

En el año 1855, esta mujer singular, á los diez y siete años, se casó con un barquero del Delaware; al año abandonó á su marido, se vistió de hombre y adoptó la vida del cazador de bosques.

Durante ocho años llevó una existencia errante en las selvas solitarias, en las que construía cabañas con ramas de árboles.

Unicamente se la veia á largos intervalos en los sitios habitados, adonde iba sólo para comprar municiones en cambio de animales y pieles.

En 1860, habiendo caído enferma, fué á habitar á Bethany, en Pensilvania; en este tiempo escribió un libro, en el que cuenta sus cacerías é indica el número de osos, panteras, gatos silvestres y zorras que mató.

DESAPARICION DEL BISONTE EN AMÉRICA.—Por la siguiente estadística se puede juzgar de la desaparicion rápida del bisonte ó búfalo en la América del Norte.

En 1877 los indios llevaron al fuerte Macleod, depósito principal de los Estados del Oeste, 30.000 pieles, pagándose por ellas la cantidad de 300.000 francos, á razon de 10 francos por piel.

El año 1878 sólo llevaron 12.797, y el anterior únicamente 5.764.

EMIGRACION DE LAS CHOCHAS.—El movimiento de emigracion de las chochas se ha efectuado estos últimos días en proporciones poco comunes, no tan sólo en Inglaterra, sino en las fronteras belgas y luxemburguesas.

En Hamborough, en la costa inglesa, los cazadores han muerto muchas en las playas y en el campo. Un solo cazador mató once en una mañana, y otro, seis.

ANUNCIOS.

JABON CATHERY para lavar los perros, que ha merecido medalla de oro en Inglaterra. Salud y limpieza de los perros. Precio: 75 céntimos la pasta, y un franco en libranza de correos. La docena 8 francos, en libranza, pidiéndola por el correo. Depósito, en casa de M. E. Testelin, perfumista, rue Neuve-Saint-Augustin, 10, París.—(3-1.)

BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.—Coleccion de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formacion del lenguaje hasta nuestros días, para ilustracion de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.—Ediciones de lujo con caracteres elzevirianos y en papel de hilo.—Se ha publicado el *Libro de la Montería* del rey D. Alfonso XI, con un discurso y notas del Excelentísimo Sr. D. José Gutiérrez de la Vega. Consta de dos gruesos tomos en 8.º, que han valido, por suscripcion, á 6 pesetas cada uno en Madrid, y á 7 pesetas en provincias.—El volumen III de la *Biblioteca Venatoria* está publicado tambien y contiene el solo dos obras, el *Libro de la Caza* del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Caza de las Aves* de Pero Lopez de Ayala, con un discurso y notas del Sr. Gutiérrez de la Vega. Ha costado por suscripcion 6 pesetas en Madrid y 7 pesetas en provincias.—Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administracion, y mandando

letra de cambio por el valor de la suscripcion.—Redaccion y Administracion de la *Biblioteca Venatoria* y de la *LA ILUSTRACION VENATORIA*, calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

INVESTIGACIONES SOBRE LA MONTERÍA y demas ejercicios del cazador, por D. Miguel Lafuente Alcántara, reimpresas con una introduccion por el Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edicion elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de sesenta ejemplares numerados que no se ha puesto á la venta.

BIBLIOGRAFÍA VENATORIA ESPAÑOLA, por el Excelentísimo Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edicion elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de veinticinco ejemplares numerados, en gran papel con grandes márgenes, que no se ha puesto á la venta.

ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA.—Este precioso ALBUM es un hermoso volumen en folio, del mismo tamaño que *LA ILUSTRACION VENATORIA*, conteniendo más de cien magníficos grabados de escenas de caza y pesca, que, elegantemente encuadernado, consti-

tuirá el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites, y podrá separarse en láminas para decorar una habitacion.

Como que el ALBUM se compone de los grabados publicados en el primer año de *LA ILUSTRACION VENATORIA*, podrá suplir á la coleccion del periódico del mismo año para los nuevos suscritores que no pueden adquirirla, por haberse agotado completamente, y aun será muy agradable para los antiguos que quieran poseer tan bella coleccion de láminas tiradas aparte con notable esmero.

El ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA se enviará inmediatamente, encuadernado en rústica, franco de porte por el correo, á todos los señores de provincias que lo pidan, librando 10 pesetas á esta Administracion (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid). A los de Madrid que lo deseen se les llevará á sus casas por el mismo precio.

Hay tambien ejemplares del ALBUM preciosamente encuadernados, que no pueden enviarse por el correo, pero que se expenden en la Administracion en Madrid, con 10 reales de aumento, es decir, á 50 reales.

Madrid, 1880.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.